UN TUSAN EN LA HUANCONADA DE MITO - SINFER

El baúl estaba al fondo del cuarto, junto a la pared que siempre quedaba en sombra A inicios de la década de 1930, cuando el mundo parecía moverse al ritmo lento de los barcos de vapor y de las cartas que cruzaban océanos, un grupo de migrantes chinos dejó atrás la provincia de Cantón con la esperanza de encontrar nuevos horizontes. Partieron sin saber exactamente qué les esperaba al otro lado del mar, llevando consigo apenas algunas pertenencias, recuerdos familiares y una profunda convicción: la familia y el trabajo eran el centro de la vida. En su cultura, el apellido siempre antecedía al nombre, porque la familia estaba por encima del individuo, una enseñanza ancestral que viajaría con ellos incluso hasta las alturas andinas del Perú.

Entre aquellos viajeros se encontraban Wong Jon y Luis Chang, dos jóvenes que compartían más que el origen: compartían el cansancio del viaje, el hambre y el silencio resignado de quienes cruzan el mundo en busca de dignidad. La travesía se realizó en un barco carguero que no tenía comodidades, sino bodegas oscuras, aire escaso y una rutina marcada por el esfuerzo físico. A veces ayudaban en la cocina; otras, alimentaban con palas los calderos del barco, empujando carbón mientras el vapor rugía como una bestia metálica. No había suficiente agua ni comida, y el hacinamiento hacía que las noches fueran largas e incómodas. Sin embargo, la esperanza era más fuerte que el miedo.

Tras varios meses de viaje, el barco finalmente llegó al puerto del Callao. Desde allí, el destino los condujo hacia la sierra central, hacia una tierra atravesada por el río Mantaro y vigilada por el majestuoso nevado Huaytapallana, considerado por muchos como una presencia tutelar. Aquella región, llena de ferias, comercio y gente laboriosa, se convertiría en su nuevo hogar. El paisaje huanca, con sus montañas y su clima cambiante, cautivó a los recién llegados, quienes encontraron en la agricultura y en el pequeño comercio una forma de empezar de nuevo.

Wong Jon decidió quedarse en el valle, trabajando la tierra y adaptándose poco a poco a la vida local. Aprendió el idioma, las costumbres y el ritmo

del campo. En medio de esa adaptación, se enamoró de una mujer peruana con la que formó una familia. Tuvieron dos hijos: Jacinto y María. Luis Chang, en cambio, mantuvo durante años una relación a distancia con su prometida, Yung, quien permanecía en Hong Kong. Se escribían cartas largas, cargadas de nostalgia y afecto, donde hablaban del futuro, del sacrificio y del sueño de reencontrarse. Finalmente, Yung llegó al Perú en 1964, y juntos consolidaron una familia con tres hijos tusanes, es decir, hijos de origen chino nacidos en el Perú.

Mientras tanto, el tiempo siguió su curso. Wong Jon falleció en 1953, dejando tras de sí no solo un legado de trabajo agrícola, sino también valores firmes: disciplina, respeto y orgullo por la identidad cultural. Sus hijos crecieron entre dos mundos: el de la tradición china y el de la cultura andina. Asistían a la escuela fiscal, compartían con los amigos del barrio y aprendían a convivir con una diversidad cultural que, sin saberlo, los definiría para siempre.

Uno de los descendientes de esa historia fue Carlos Wong, quien crecería escuchando relatos sobre el viaje de sus ancestros y los esfuerzos que realizaron para establecerse en la región de Junín. Carlos, mestizo cultural, llevaba en su identidad la herencia oriental y la vivencia andina. Fue precisamente esa dualidad la que lo llevó, años más tarde, a formar parte de una de las tradiciones más emblemáticas del distrito de Mito, en la provincia de Concepción: la Huaconada.

La Huaconada no era solo una danza. Era un ritual ancestral, de origen prehispánico, que representaba la autoridad moral dentro de la comunidad. Los huacones, personajes enmascarados y solemnes, aparecían para ordenar la vida social, corregir faltas y simbolizar el poder de la justicia comunal. La danza, reconocida como Patrimonio Cultural Inmaterial de la Humanidad, se transmitía de generación en generación, como un legado que debía preservarse con respeto y compromiso.

Carlos recordaba claramente el día en que decidió integrarse como danzante. Era el inicio del año 2004. El pueblo se preparaba para las

festividades y la música de la Huaconada comenzaba a resonar entre violines, arpas, saxos, clarinetes, tinyas y tamboriles. Aquella mezcla de sonidos llenaba el aire de solemnidad y tradición. Para él, ser aceptado no era un simple honor; era una responsabilidad profunda, una forma de demostrar que su identidad tusán también podía integrarse al tejido cultural andino.

Antes de ser reconocido oficialmente, debía pasar por el ritual conocido como “corta rabo”, una ceremonia pública que simbolizaba la iniciación dentro del grupo de huacones. Este acto, fundamentado en antiguas tradiciones y normas no escritas, era obligatorio para todo aspirante. Ningún danzante podía eludirlo, pues representaba la legitimación de su participación.

El día de la ceremonia, Carlos vestía con respeto la indumentaria tradicional. Su mandil verde, bordado con hilos dorados y adornado con la figura de un dragón, destacaba entre los trajes. Para él, aquel dragón no era un simple adorno, sino un símbolo profundo de su descendencia oriental. En la cultura china, el dragón representa poder, prosperidad, fertilidad y conexión con lo celestial. Llevarlo en su vestimenta era una manera silenciosa de honrar a sus antepasados. El dragón que resplandecía en el mandil de Carlos Wong no era una simple figura bordada con hilos dorados; era, en silencio, un linaje. Para los tusanes —hijos de sangre china nacidos bajo el cielo peruano— el dragón no representa únicamente una herencia lejana, sino una presencia íntima, invisible y persistente, que acompaña sus pasos aun cuando el tiempo parece diluir los orígenes. Es la memoria que no se escribe, pero se transmite; la fuerza que no se impone, pero se sostiene.

En la tradición china, el dragón es un símbolo celeste, señor de las lluvias, de la fortuna y del equilibrio entre las fuerzas del universo. No es criatura de fuego ni de destrucción, sino guardián del orden y del flujo armonioso de la vida. Para un tusán, llevar al dragón es llevar consigo el eco de los ancestros que cruzaron mares en silencio, el peso de las despedidas, y la

esperanza intacta de quienes sembraron raíces en una tierra nueva sin olvidar la antigua. Así, cada vez que Carlos ajustaba su vestimenta antes de la danza, sentía que aquel dragón no reposaba sobre la tela, sino sobre su historia. El verde intenso de su mandil parecía absorber la luz del valle y devolverla en forma de orgullo sereno. Bajo la máscara del huacón, su rostro se ocultaba, pero su esencia se revelaba: mitad memoria oriental, mitad espíritu andino, enteramente humano.

El dragón, símbolo imperial en su origen, encontraba en la Huaconada un nuevo lenguaje. Allí, donde el huacón representa la autoridad moral del pueblo, el dragón dejaba de ser una figura lejana y se convertía en un puente. No dominaba; armonizaba. No imponía; acompañaba. Era como si el cielo de Cantón y las montañas del Mantaro dialogaran en silencio a través del cuerpo del danzante.

Edgardo, su hijo, creció observando ese gesto ritual que se repetía cada año: la preparación lenta, el ajuste del mandil, la colocación de la máscara, el silencio previo a la música. Un día comprendió que el dragón no era un recuerdo estático, sino una llama discreta que debía continuar ardiendo. Cuando él mismo decidió integrarse a la danza, sintió que no estaba comenzando algo nuevo, sino prolongando un movimiento antiguo que ya vivía en su sangre.

Cuando llegó el momento del ritual, el padrino levantó el tronador con solemnidad. El sonido del látigo resonó en el aire mientras tres golpes firmes marcaban el inicio simbólico de su integración. El secretario del ceremonial, sin aviso, aplicó un fuetazo rápido que lo dejó aturdido por un instante. El dolor físico se mezcló con una emoción intensa: estaba siendo aceptado. Aquella prueba no era un castigo, sino un acto simbólico que sellaba su compromiso con la tradición. Alrededor, los demás huacones observaban en silencio, con sus máscaras talladas en madera que mostraban expresiones de autoridad, picardía y firmeza. Esas máscaras, elaboradas por artesanos locales, eran el elemento más icónico del

personaje, pues transformaban al danzante en una figura anónima que representaba la voz moral de la comunidad.

Con el paso de los años, la presencia de la familia Wong dentro de la Huaconada se consolidó. No solo Carlos participó, sino también su hijo Edgardo, quien se integró al grupo en 2018. Muchos no notaron su ingreso, pues era parte de una segunda generación tusán: hijo de padre de ascendencia china y madre peruana. En tiempos pasados, a estos hijos mestizos se les llamaba “injertos”, término que con el tiempo fue reemplazado por la denominación tusán, popularizada por escritores como Sui Kam Wen para referirse a los descendientes chinos nacidos en el Perú.

La transformación intergeneracional era evidente. Mientras la Huaconada se transmitía de padres a hijos como memoria viva de la cultura andina, las tradiciones chinas también persistían en el hogar: el respeto a los mayores, la disciplina y el sentido de comunidad. Ambas herencias convivían sin conflicto, fusionándose en una identidad única.

Los pobladores más antiguos del distrito de Mito solían contar que, en épocas pasadas, quienes se sabían en falta ante las normas comunales temían la llegada de los huacones debido a su autoridad y a la furia con que castigarían a los malportados. Se decía que estos recorrían las casas, decididos a corregir aquello que estaba mal. Su presencia imponía respeto, no por violencia, sino por el simbolismo de autoridad moral que encarnaban. Hoy en día, los huacones modernos danzan con porte solemne, abriendo sus frazadas estampadas con figuras de tigres, acompañados por la orquesta tradicional que mantiene viva la esencia musical de la danza. Carlos, al danzar, sentía que su historia personal se entrelazaba con la historia colectiva del pueblo. Cada paso, cada movimiento del látigo y cada gesto detrás de la máscara representaban no solo la tradición andina, sino también la resiliencia de sus antepasados migrantes. Su identidad tusán no lo alejaba de la cultura local; por el contrario, lo acercaba más, pues demostraba que las culturas pueden convivir y enriquecerse mutuamente.

El color verde de su mandil, según su creencia personal, simbolizaba prosperidad y renovación. Para él, era una cábala que le daba fuerza al iniciar cada año. En la cosmovisión china, el dragón también augura armonía y buena fortuna, y de algún modo, esa simbología se integraba con la espiritualidad andina que buscaba equilibrio con las fuerzas de la naturaleza.

Durante las festividades, cuando la música llenaba la plaza y el pueblo observaba la danza, pocos imaginaban la larga historia que había detrás de aquel danzante de rasgos orientales. No sabían del barco carguero, del hacinamiento, del trabajo en los calderos ni de las cartas enviadas desde Hong Kong. Tampoco sabían del sacrificio agrícola, del aprendizaje del idioma ni del esfuerzo por integrarse sin perder la identidad cultural.

Sin embargo, esa historia estaba viva en cada movimiento suyo. Era la historia de la migración, de la adaptación y de la continuidad cultural. Era la historia de un tusán que, lejos de sus raíces geográficas, había encontrado en la Huaconada una forma de pertenecer plenamente al lugar que lo vio crecer.

Con el tiempo, la figura de Carlos Wong se volvió un símbolo silencioso de integración cultural en Mito. Representaba la unión entre Oriente y los Andes, entre la tradición ancestral china y la cosmovisión andina. Su participación demostraba que la identidad no es una frontera rígida, sino un puente que se construye con experiencias, memoria y respeto.

Así, mientras que las generaciones futuras observaban la danza, la dinastía Wong continuaba su legado. Manteniendo viva no solo la tradición del pueblo, sino también la memoria de sus ancestros que cruzaron el océano en busca de una vida mejor. Y cada vez que la música resonaba y las máscaras se levantaban, parecía que el pasado y el presente se encontraban en un mismo ritmo.